



Los muertos mandan

Andrés Iduarte



—¿YA VISTE EL *TIMES*, ANDRÉS?

—Sí, ya lo vi.

—¿Viste la página necrológica?

—Sí. Ya vi que murió en París don Pedro de Alba.

Mi amiga, mexicana, me preparaba, con nuestra suavidad mexicana, para darme la tremenda noticia.

—Odio esa página del *Times* —me decía un norteamericano.

—Me lo explico. Ustedes evitan, rechazan cuanto es dolor y tragedia y, en cambio, nosotros buscamos, aun sin darnos cuenta, todo lo que es sentimiento, ternura, corazón y, en suma, vida.

—¿*Vida* dijo usted?

—Sí, la muerte es la vida para nosotros. Es lo que nos da la sensación de la vida. Ustedes viven sin ella o, más bien, aparte de ella, lo más lejos de ella que les es posible. Nosotros, en su yema, en su cogollo. Y por eso me dan más tristeza los limpios y verdes cementerios de este país que los opulentos y adornados, y aun que los pobres y agrestes de nuestro México. Allí llegamos nosotros ya acabados, y ustedes, de pronto, se topan con ellos.

—Pero ya muertos ¿quién se da cuenta?

—Nosotros nos damos cuenta en la agonía, evidente, nada oculta, nunca escondida, ni en nuestros adentros ni en los ojos de los que nos rodean, aun que ocurra en un hospital. Cuando menos, en la agonía...

—¿Quiere usted decir que también ya del otro lado...? ¿Cree usted en eso, Doctor?



—Lo cierto es que cuando veo estos cementerios tan lindos, tan peinados, tan quietos, pienso que los que allí están son muertos-muertos: los que nunca vivieron.

—Gracias. ¿Entre esos muertos-muertos pone usted a Longfellow? Sé que le encantaron su tumba, las flores, el lago cerca de Boston.

—No generalicemos, Mr. Todd.

—Es lo que digo, Doc.

Mi amigo, uno de los mejores que aquí he tenido en las duras y en las maduras, me mira como a una excrecencia del pasado, con una mezcla de curiosidad y de pena. Así se miran siempre los que no acaban nunca de entenderse, aunque se quieran.

—De modo que usted se levanta alegremente entre las muertes del *New York Times*.

—No. Me duermo después de leer sus dos primeras ediciones, entro profundamente al sueño en comunión con mis muertos.

—Como conoce usted a tanta gente de aquí y de allá, los tendrá todos los días, digo, todas las noches.

—No tanto. Pero sí va creciendo su número, su frecuencia. Con los años (ya di el *tostonazo*) las bajas aumentan. El año pasado, y más el antepasado, fueron para mi generación un aviso. ¡Qué meses los del verano de 1959! Aquí en mi hotel paraba Enrique Guerrero, que un día abrió mi puerta y me dijo: “Me llamaron de casa. Murió el maestro Vasconcelos.”

—Ustedes se apresuran a darse las malas noticias, no cabe duda, y en ellas ganan hasta al *Times*.

—Y poco después, al volver de un corto viaje, al abrirlo, leí: “*Narcisco Bassols*”, así, con una errata en dos palabras, con la errata de costumbre.

—Iguales a las que ustedes cometen cuando escriben de lo nuestro, y más que las nuestras cuando hablamos de lo suyo.

—Sí, claro, porque como el mismo maestro Bassols le dijo a la reina de Inglaterra, cuando era embajador de México, ustedes escriben cinco vocales y pronuncian veintisiete... Esto no es descuido sino la casi impo-

Fotografías: Thinkstock



sibilidad de saltar de nuestros cinco sencillos fonemas a los del inglés. Y me parece que, de todos modos, les ganamos en escribir a derechas los idiomas extranjeros.

—Eso le parece porque vive usted aquí, con los ojos listos para cuanto le disuena. A nosotros nos fastidian las más comunes palabras inglesas mal escritas por ustedes. El mismo su don Domingo Faustino Sarmiento escribía *Brookling* (así, como aquí se lo escribo) en vez de Brooklyn... o será culpa de los cajistas de *La Nación* de Buenos Aires. No vea sólo la paja en el ojo norteamericano, sino también la viga en el mexicano y en el hispanoamericano de todas partes.

—No es paja que en uno de sus grandes diarios, y va como ejemplo, le llamaran al general Manuel Ávila Camacho, el general *Mamacho*, así, con *M*, y al general Almazán, el general *Almanzor*...

—¿Y qué me dice usted de un periódico hispano de Nueva York que traducía así: “Descarrilamiento. Cincuenta *casualidades*” y “*Ganga* mata niño”, por *casualties* y *gang*?

—Ésos son los diarios de aquí...

—Le puedo amontonar hasta el infinito las erratas de los de allá...

—No, no me aparte de la muerte con su tendencia humorística.

—Aquí la ha aprendido usted. Si no fuera por ella, no hubiera usted sabido soportar sus penas como las ha soportado.

—No empiece usted la historia de que aquí inventaron el huevo y la gallina, y que ustedes nos los dieron

ya guisados. El humorismo es vena española muy vieja, muy anterior a la picaresca, de la que ustedes tan bien se aprovecharon, y entre nuestros indios el juego y la gracia son tan antiguos como los volcanes. Y ya le digo: el otro día comentaba yo con otro discípulo de la Preparatoria de San Ildefonso, que a estos mexicanos de tanta vida sólo les dedican aquí una notita de veinte líneas desvaídas, incompletas.

—Sigue usted con su ancestral manía de ver nuestras fallas y olvidar las suyas. Si se muere mañana cualquier escritor o cualquier político norteamericano ¿podrá la prensa de sus países escribir el mismo día una biografía y un elogio mejores? Nosotros, cuando menos, tenemos más y mejores archivos.

—Algo hay de eso. Pero déjeme seguir, no me ponga la prosa de la vida por encima de la poesía de la muerte.

—Poesía fúnebre, de la danza de la muerte española y del Día de Difuntos mexicano.

—¿Fúnebre? Más bien vital y edificadora. De la raíz de nuestros grandes muertos vivimos, y con la savia crecemos. Y ese pueblo humilde, que ha visto usted en los camposantos el 2 de noviembre, allí recoge la esencia que lo nutre y lo perpetúa. Ve para atrás porque va para adelante.

—Los muertos mandan, que dijo el otro.

Fragmento del artículo “Alfonso Reyes: de la muerte mexicana en Nueva York”, publicado en *Excelsior* el 4, 14 y 18 de febrero de 1961.